

CONSTITUCION DE LA IGLESIA

Lectura: Hechos 2:41-47

I.- INTRODUCCION

La palabra iglesia en el Nuevo Testamento, traduce el vocablo griego "ekklesia", que deriva del verbo "ekkaleo", que significa "llamar aparte" y el verdadero sentido que las Escrituras dan a este término es:

1) La iglesia local, es decir un conjunto de cristianos de un determinado lugar, reunidos con el propósito de ofrecer culto a Dios; así aparece 92 veces en el Nuevo Testamento (Ro.16:1; 1 Ts.1:1).

2) La Iglesia Universal, es el cuerpo de Cristo constituido por todos los redimidos con la sangre del Cordero y reconocidos porque han recibido el Espíritu Santo en sus corazones. En algunos casos el término se aplica a todos los creyentes de esta Dispensación de la Gracia, vivos y muertos (Ef.5:25-27); mientras que en otras oportunidades designa sólo a los que están en la tierra (Ef.3:10; Col.1:24).

Nuestro tema de esta oportunidad, y por única vez en la historia del cristianismo, unifica ambos significados, porque en la Ciudad de Jeru salem se iba a constituir la iglesia local que, durante un cierto tiempo, sería también el único sitio donde había verdaderos creyentes, de manera que allí también estaba la Iglesia Universal; hasta que se fue extendiendo, para recién entonces alcanzar el verdadero significado de ese nombre. Se trata, por consiguiente, de un acontecimiento de mucha importancia y trascendencia, puesto que allí nace el organismo vivo al cual hoy pertenecemos todos los renacidos por la obra del Espíritu Santo, y necesitamos fortalecerlos, no solamente en la creencia, sino también en el conocimiento de estas doctrinas, que se oponen terminantemente a los intentos humano-diabólicos que se materializan en el pagano ecumenismo de nuestros días.

II.- ORIGEN DE LA IGLESIA

El Fundador y fundamento de la Iglesia es Nuestro Señor Jesucristo; desde luego que su origen lo hemos de hallar en la eternidad antecedente, en la Promesa hecha al Verbo por el Padre Celestial de que podría experimentar el gozo inefable de la posteridad de los santos: vería linaje si estaba dispuesto a sufrir la cruz, menospreciando la vergüenza (Is.53:10; He.12:2). La aceptación de esa propuesta divina, según revelación del Espíritu Santo a Pablo, nos permite conocer el verdadero principio de todas las cosas creadas, en el seno mismo de la Santísima Trinidad y en relación directa con la máxima creación de Dios, la Iglesia de Jesucristo.

De todas maneras, venido el cumplimiento del tiempo, se produjo el advenimiento del Mesías (Gá.4:4), y es en ese periodo de su ministerio terrenal que ese origen tiene concreción real en la tierra. Es por ello que se dice que la Iglesia fue establecida por el Señor, utilizando el material preparado por Juan el Bautista; su organización comenzó con el nombramiento de 12 apóstoles, y cuando el Salvador asciende a los cielos ya tiene un total de 120 personas, que son quienes reciben la "gran comisión", el último mandamiento hecho en forma personal por Jesucristo a los suyos (Mt.28:16-20; Mr.16:15-18). Por esta causa es que ya se habla de Iglesia; y se le otorga la capacidad de disciplina, aun antes de Pentecostés: es decir, estaba en formación en ese momento (Mt.18:17).

III.- CONSTITUCION DE LA IGLESIA

En consecuencia, la constitución de la Iglesia se produce con el descenso del Espíritu Santo en Pentecostés; no por primera vez, ya que se menciona desde el Antiguo Testamento el hecho que los creyentes podían poseerlo (Sal.51:11 comp. Is.63:10); pero se trata de una dispensación diferente; otra manera de actuar sobre ellos, en quienes moraba por un poco

de tiempo y según propósitos determinados. En cambio ahora, a partir de este acontecimiento inicial, desciende sobre todos aquellos que, arrepentidos de sus pecados, han confiado en Cristo como su único y suficiente Salvador (Ef.1:13). Esta morada no es transitoria, sino definitiva y eterna; es decir, se ha hecho uno con el creyente y no se separará más de él: "Y os daré otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre" (Jn. 14:16).

Este descenso del Espíritu, y por consiguiente la constitución definitiva de la Iglesia, estaba directamente ligada a la victoria que Jesu Cristo debía obtener en la cruz, demostrada por Su resurrección y ascensión a los cielos; de allí que expresa la Escritura mucho tiempo antes: "Pues aun no había venido el Espíritu Santo (de esa manera, agregamos); porque Jesús no estaba aun glorificado" (Jn.7:39). Para este evento tan extraordinario y significativo, era necesaria entonces, una debida preparación de quienes serían receptores de la promesa; por esta causa el Señor se había estado manifestando reiteradamente a los suyos, después de Su resurrección, durante un periodo de 40 días; en los cuales les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras (Lc.24:45; Hch.1:3) y lograr que se entregasen por completo a El.

Así lo comprendió perfectamente aquel grupo de 120 personas, sintiendo la imperiosa necesidad de ser investidos de lo Alto, y a esos efectos (Lc.24:49), permanecen otros 10 días en Jerusalem, ahora dedicados a una intensa vida de oración (Hch.1:14). Debemos entender que el sentido de esas súplicas era precisamente prepararse para recibir la promesa del Espíritu Santo; de manera que, cuando se produce el milagro, ellos estaban en condiciones, no solamente de entenderlo, sino también de ser usados para el cumplimiento de los propósitos divinos.

Ahora sí estaba constituida la Iglesia, porque existía un vínculo real entre todos los renacidos y que a su vez los ligaba a la cabeza que es el Señor Jesucristo. Por esta causa los creyentes de otras dispensaciones no forman parte del cuerpo del Señor. Desde luego que son salvos, pero no tienen este privilegio, sino que participan del gozo de ser los amigos del Esposo (Jn.3:29); pero el más humilde de los integrantes del Reino es superior, en ese sentido, a Juan el Bautista (Mt.11:11).

IV.- EL LUGAR DE LOS APOSTOLES

La experiencia de los apóstoles con relación al Espíritu Santo es única y no se repetirá nunca más en la historia de la Iglesia (Jn.20:22; Hch.2:3-4); pero dejando de lado esta circunstancia especial, ellos forman parte del cuerpo en un plano de igualdad con los restantes creyentes que estaban en Pentecostés, hombres y mujeres, y con todos aquellos que fueron agregados en sucesivas conversiones. La diferencia radica en el don que ellos poseían, por el cual Dios les concede la gracia de edificar sobre el único fundamento, que es Cristo, la Roca Eterna, ese otro también llamado a veces fundamento apostólico, que consiste en haber desarrollado la doctrina cristiana a través de la enseñanza oral, en su tiempo, pero muy especialmente por las cartas que escribieron y que forman parte de las Sagradas Escrituras, como también por el hecho de ser instrumentos usados por el Señor para conducir las almas a los pies del Salvador, enseñándoles el camino, predicando la fe en El (Is.28:16; Sal.118:22; Mt.16:13-19; 21:42; Mr.8:27-29; Lc.9:18-20; Ef.2:20-22; 1 P.2:4-8; Ap.21:14).

En consecuencia, nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto (1 Co.3:11-15); todos los creyentes somos piedras vivas iguales a Pedro, Pablo, etc., edificados sobre la Roca Eterna; pero al mismo tiempo es necesario que el Espíritu Santo actúe sobre cada uno en forma personal para pulirlo y adaptarlo a la conformación de ese precioso edificio que va creciendo cada día para ser un templo santo al Señor (Ef.4:11-16). Para esta tarea allí está, en primer lugar, el don de apóstol (vers.11), pero que terminó con el último y más grande de todos ellos, San Pablo. Por con

siguiente la autoridad apostólica era espiritual y podían llamar la atención a los creyentes respecto a las revelaciones que recibían del Señor a través del Espíritu Santo; sin embargo, la única presión que podían ejercer era la derivada de los milagros y juicios que Dios obraba por sus medios.

V.- LA PRESENCIA DEL ESPIRITU SANTO

Es evidente que el descenso del Espíritu Santo en Pentecostés, en razón de la forma visible y audible en que fue efectuado, nos esté demostrando el propósito divino en el sentido que El deseaba que el mundo se enterara de ello; por consiguiente, podemos afirmar lo siguiente:

1) Los hombres deben conocer su pecado de incredulidad por haber rechazado el único y verdadero Mesías (Hch.2:22-23; 3:13-15; 7:52).

2) Se establece la verdadera justicia que es la de Jesucristo, exalta do a la gloria; pues de otra manera parecería que hubieran triunfado quienes le habían condenado a muerte (Hch.2:25 y 34-35; 1 Ti.3:16).

3) Se confirma la derrota satánica y su vergüenza pública (Col.2:15); por cuanto el Espíritu Santo puede descender sobre los creyentes.

4) Se ofrece así a todos los hombres que se arrepientan de sus pecados y crean en Jesucristo, la posibilidad de agregarse a ese núcleo inicial de los redimidos.

Pero también debemos agregar que el descenso del Espíritu Santo nos señala el comienzo de una ardua y fatigosa tarea que El venía a realizar en el corazón de aquel grupo reunido en Pentecostés y que se reproduce cada vez que una persona nace de nuevo; pues a partir de allí se inicia la renovación de la mente, corazón y conducta (Tit.3:5); expresado en otras palabras, ello significa conducirnos por el camino de santidad (1 Co.6:19-20; 1 Ts.4:7-8). Posteriormente debe adornarnos con el precioso fruto que produce en nosotros (Gá.5:22-25) y continúa, entonces, dotándonos de sus inefables dones que nos capacitan para servirle en la gloriosa tarea de la extensión del Reino de los cielos (Ro.12:1-8; 1 Co.12). Por último es El quien nos prepara para el glorioso encuentro con Nuestro Señor, nos hace amar, esperar y velar Su Santa Venida (Ro.8:23; Ap.22:17); siendo la garantía, el arras de nuestra herencia, la seguridad de que nuestra alma y espíritu han de ir a la gloria si Dios nos llama a Su presencia y que también nuestro cuerpo un día se levantará de la tumba (Ro. 8:11; 2 Co.1:22 y 5:4; Ef.1:13-14 y 4:30). Mientras esperamos ese día anhelado, es el mismo Espíritu que nos consuela en el diario andar por este mundo de miserias y pecado, dándose a conocer como el "Pareclete" divino (Jn.14:16-18; Ro.8:16); prefigurado en el aceite de la unción que suaviza todas nuestras heridas (Hch.10:38).

VI.- ENSEÑANZAS

1) Debemos dar gracias a Dios por el tremendo privilegio que El nos ha concedido de pertenecer a la Iglesia de Cristo (Ef.1:1-23).

2) Pero ello también significa aceptar las obligaciones que nos corresponden, en el sentido de aceptar todas las órdenes que nos dé la cabeza, el Señor Jesucristo (Ef.4:11-32; Col.1:18).

3) Tratar que las congregaciones locales, a las cuales pertenecemos, se ajusten en un todo a lo estatuido en la Palabra de Dios y reflejado en la Iglesia de Jerusalem (Ef.2:19-22; 2 Ts.2:15).

4) Manifestar nuestro amor fraternal hacia todos los renacidos que forman parte del cuerpo místico de Cristo, Su Iglesia Universal, preparándonos todos juntos para recibirle de pie cuando El venga a buscarnos (Lc. 21:36; He.10:23-25; 1 Jn.2:28).